



CAPITULO CUARTO.

«EL NIÑO.»

Mientras que los capitanes Cortés y Valdovinos derrotaban tan inesperadamente al realista Calatayud, haciéndole perder en un abrir y cerrar de ojos quinientos hombres con sus armas, Morelos recibia con los brazos abiertos á toda una familia que significaba en aquellos momentos la más espléndida de las victorias: D. Juan, D. Fermin y D. Hermenegildo Galeana, personas acomodadas de Tecpam, que por su buena posición, por su valor, por su juicio y por otras muchas circunstancias, eran grandemente estimadas en el Sur, se llegaron al cura diciéndole que tendrian el mayor gusto en ayudarle en su gran empresa.

—¡Cómo! exclamó el general independiente lleno de alborozo, pero sin ser dueño de ocultar la sorpresa que el inesperado suceso le causaba, pues me habian asegurado hace poco, que eran ustedes realistas.

—¡Nosotros realistas! prorumpió D. Hermenegildo riéndose.

—Es verdad que el gobierno nos ha ocupado á que en algunos casos no le hemos podido rehusar nuestros pequeños servicios, contestó D. Juan que era el mayor y el mas grave, pero desde que se anunció la independencia, ya no nos ocupa, ni nosotros le hemos ayudado en nada.

—Si, sí, se apresuró á manifestar Morelos, comprendo que debe haber sido difícil la posición de ustedes, y que sus naturales deferencias con la autoridad han sido causa de los errados informes que se me habian dado. Pero ya no hay que hablar de eso, y una vez que ustedes tienen disposición para servir á nuestra santa causa, que es la causa de todos los americanos que aman á su patria, yo no tengo otra cosa que hacer sino aplaudir tan honrada determinación y acogerlos bajo mis banderas que apenas se empiezan á temblar en estas costas. Tengo fé, sin embargo, en que contando con hombres como ustedes, podremos cimentar las bases de la libertad en esta comarca.

—Nosotros traemos un pequeño contingente, murmuró D. Fermin que era de carácter tímido.

—¿Sí? preguntó Morelos abriendo bien los ojos.

—Unos setecientos hombres, la mayor parte tratadores de nuestras tierras.

—No muy bien armados, agregó D. Hermenegildo.

—Se aprovecharán como se pueda, dijo Morelos.

—Yo por mi parte contribuyo con un cañon, agregó D. Juan Galeana.

—Con un cañon! exclamó admirado el cura.

—Y si su señoría lo permite, puedo hacer que entre aquí con solo que me conceda asomarme á dar la orden por la ventana.

—¿Seria posible? preguntó Morelos sin acertar á comprender si era aquello una chanza, pues no podia suponerse que hubiera cañon alguno que pudiera ser manejado con tal facilidad.

—¿Permite el señor General?

—¿Que si permito yo? ¡Vaya! pues no he de permitir.

Y D. Juan Galeana dijo á sus hombres que metieran el cañon á la pieza en que estaban.

Pero con razon lo pudieron llevar hasta allí en brazos, si era un juguete!

Y D. Juan contó entonces la historia del cañoncito. Hacia como tres años lo habian comprado los Galeanas á unos náufragos de Acapulco, y les servia en su hacienda para hacer salvas cada vez que celebraban alguna fiesta de familia. En lo que menos habian pensado era en que llegara á poder utilizarse en la revolucion.

—Es una miniatura, dijo Morelos examinándole por todos lados, es una verdadera alhaja en la cual me prometo aprender el manejo de la artillería que es arma tan necesaria en todos los ejércitos. Y supuesto que este cañoncito va á ser el primero de nuestras baterías, el que va á servir de base á las muchas pie-

zas mas grandes que hemos de tener despues, necesitamos bautizarlo y hacerlo presentarse entre nosotros con alguna solemnidad.

—Nosotros lo hemos ya bautizado, dijo el mozo de los Galeanas, y si al señor cura le gusta el nombre, ...

—¿Cómo se llama?

—El Niño.

—¡Ah! el Niño! Pues me gusta y así se seguirá llamando.

En efecto, el cañon era tan pequeño que no completaba una vara de largo, pero la construccion era esbelta y segun los informes que se pudieron ministrar al cura, tenía un alcance como de media legua haciendo fuego desde un punto elevado.

El mismo «Niño» sirvió para hacer una salva de seis cañonazos con que se celebró su ingreso al ejército insurgente, y por la noche hubo músicas, cohetes é iluminaciones.

D. Hermenegildo, que era el más joven de los Galeanas y el que más se distinguió despues por su bravura, dijo á Morelos despues de los festejos:

—Yo, señor General, no le traigo á vd. mas contingente que el de mi brazo, y de él puede vd. disponer desde este momento.

—Para qué quiero más? le contestó Morelos descubriendo en la mirada límpida del joven destellos de valor, muchas veces un hombre solo vale tanto como un ejército.

—¡Ah! dijo Galeana inmediatamente queriendo im-

pedir que se advirtiera el rubor que le causaban aquellas palabras, tambien tengo un negrito muy valiente y muy conocedor del terreno á quien llamamos *Clara*, el cual puede encargarse de manejar y defender «el Niño» cuando se ofrezca porque está con él muy familiarizado.

—Bien, hijo mio, bien, todo eso lo acepto con gusto, y es para mí tanto más satisfactorio cuanto que solo soy un pobre eclesiástico que ahora comienza á hacer sus ensayos en la guerra. Está sonriéndome la suerte, bien lo conozco, por la justicia de la causa que defiendo y no por mis méritos personales.

Galeana no supo contestar á estas expresiones de modestia vertidas por el jefe y se retiró de allí lleno de entusiasmo á preparar sus armas y caballos para volver á ocupar en las filas de los independientes el lugar que aquel le designara.

Luego que hubo organizado Morelos el gobierno de las pequeñas poblaciones que tenia ya bajo su dominio, ordenó la marcha de todas sus fuerzas para los contornos de Acapulco, no obstante disponer todavía de pocas armas de fuego y de poco parque, no perdiendo de vista que aquella era la mision principal que le habia confiado Hidalgo, y para cuya alta empresa no le alhagaban por el momento ni las más remotas esperanzas: estaba careciendo entre otros elementos indispensables para el ataque de semejante fortaleza, de la artillería. Pero confiaba algo en su buena estrella y quién sabel en la guerra muchas veces surgian incidentes imprevistos, segun habia leído en uno que

otro librejo, que habían llegado á determinar los éxitos mas inesperados.

Así es que mas esperando que se le atacara que atacar, como sucedió, hizo que se ocupara el Aguacatillo donde se atrincheraron con tercios de algodón Cortés y Valdovinos; la Sabana distante menos de media legua, que fué ocupada por trescientos hombres, dando el mando de ese campo á Don Miguel de Ayila, oficial que comenzaba á ser de todas sus confianzas; el pié de la Cuesta que Don Juan José Galeana se encargó de guarnecer con los suyos, entrando á formar en batería el famoso «Niño» estrenado allí en repeler el ataque de dos lanchas cañoneras, y finalmente el Veladero fué ocupado por el mismo Morelos con el número menor de tropas, pero las mejor armadas y disciplinadas.

En estas posiciones se encontraba el nuevo general el día 8 de Diciembre de 1810, cuando se avistó por San Marcos y Las Cruces la fuerza mandada por el comandante París, destacada por el virey de las reservas de Oaxaca con el fin de pacificar aquella zona.

Habían llegado á México las noticias un poco confusas de que un curita insignificante discípulo de Hidalgo, andaba inquietando la comarca, y se consideró mas que suficiente el número de mil quinientos hombres de línea para sofocar aquella intentona de revolucion que no tenia ramificaciones y elementos. Es fama que cuando Venegas recibió el parte de

que ya las tropas de Oaxaca iban en camino para escarmentar á las chusmas insurgentes del Sur, exclamó:

—Vaya! por ese lado ya no hay que temer nada y debemos decir en la *Gaceta* que está concluida la revolucion.

Y todos, lo mismo que el Virey, el mismo comandante París á la cabeza, hubieran apostado sus vidas á que aquello no duraría mas que el tiempo que se tardara en disparar el primer cañonazo.

Al efecto los realistas llevaban consigo dos excelentes culebrinas con que se proponían matar cientos de insurgentes.

—¡Fuego! dijo París luego que hubo colocado á tiro sus culebrinas.

Una de ellas disparó perfectamente y sus proyectiles fueron á embotarse en los parapetos de toda clase de materiales que se habían improvisado los de Morelos; pero la otra fué de tal modo retacada de pólvora y balas que el retroceso hizo pedazos el montaje quedando en consecuencia inutilizada.

Del campo de los insurgentes se vió salir un pequeño fogonazo y casi á la vez caer cinco hombres alrededor de París heridos de metralla.

—¡Cáspita! exclamó éste, parece que los insurgentes tienen algo como un cañon que les ayuda á vomitar metralla, ¿qué significa eso?

Y entonces dió orden para que marcharan velozmente sobre el enemigo las columnas nombradas para dar el ataque.

Allí fué donde se lució el "Niño" manejado por el negrito Clara y algunas veces por el mismo Morelos. El cañoncito trincado en un palo de coatecamate menudeó metrallas como lluvia causando regulares estragos en los asaltantes, que se vieron obligados á volver caras, retirándose mas que de prisa á su punto de San Márcos.

—Vaya! vaya! decia París viendo regresar sus columnas desmoralizadas, ó mis bravos no saben pelear ó estos insurgentes son mas duros que otros que he conocido, ahora vamos á usar de otra táctica.

Eatonces ordenó que todas sus tropas marcharan reunidas á atacar el punto de la Cuesta, que era como la clave de las demás posiciones, mandando avisar á Acapulco que se apoyara su movimiento con las fuerzas que hubiera disponibles.

¡Nada! aunque el ataque fué simultáneo, Avila habia colocado diestramente noventa tiradores en los bosques que dominaban los senderos y desde allí hacia destrozos en los realistas que avanzaban á pecho descubierto, viéndose de nuevo obligados á retirarse.

—¡Demonio! decia París, despues que se habian pasado nueve horas en inútiles intentonas y á la quinta vez en que se habia obligado á los suyos á replegarse, haremos la última tentativa antes de que llegue la noche, y si esta vez se nos escapan será fuerza convenir en que hay entre ellos un capitán inteligente.

Hizo el último empuje del día y en esta vez se

encontró á los insurgentes mejor parapetados y mas animosos, porque habian desbaratado la columna salida de Acapulco en Las Cruces. Sobre todo, el "Niño" que fué el héroe principal de aquella jornada, hacia disparos muy frecuentes y muy certeros que ponía á varios hombres fuera de combate.

—Que se recojan los cadáveres y los heridos, ordenó París á su edecán, para que no sepan cuales son las pérdidas que nos han hecho y vámonos á hacer fuertes por ahora en Jonaltepec. ¡Mañana nos la pagarán!

Y con la actividad que caracterizaba á este jefe, mandó que se le incorporaran los destacamentos de Tres Palos y otros puntos que no habian combatido todavía, pidió cuatro culebrinas y un obús que le trajeron de Acapulco y fabricó triacheras portátiles de cuero para que sus hombres se defendieran del "Niño" y de los tiradores de Avila, empleando la misma noche de su derrota en dar comienzo á sus preparativos.

Ahora véamos lo que pasaba en el campo de Morelos.

Luego que observaron sus capitanes que París se retiraba para hacerse fuerte en las márgenes del rio de la Sabana, fueron en grupo á decirle:

—Señor, es el momento de acabar con ese enemigo: vamos á atacarlo.

—Amigo D. Julian, dijo dirigiéndose á Avila que era uno de los que manifestaban mas empeño, usted mismo me ha dicho que si el ataque sobre nuestras

posiciones se ha prolongado cinco minutos, nos veríamos en grave conflicto, por haberse agotado el parque.

—Es la verdad, contestó Avila avergonzado.

—¿Lo oyen ustedes, señores? continuó Morelos dirigiéndose á los demás capitanes y especialmente á los Galeanas, hemos consumido hoy nuestras escasas municiones y, diré á ustedes con franqueza, porque estamos tratando del asunto íntimamente, que ni ánimo he tenido para hacer que se festeje nuestro triunfo porque no se gaste la poca pólvora que nos queda.

Se estaban haciendo aún cálculos y proyectos, cuando se presentó un oficial diciendo que allí estaba un hombre del campo enemigo que deseaba hablar con el general.

—Este viene á sacarnos de cavilaciones, exclamó Morelos, que entre luego ese hombre.

Y despues que celebró con él una pequeña conferencia, salió de la habitacion reservada en donde le habia hablado, y dijo á sus subalternos que ansiosos lo esperaban:

—Mi corazon me lo decia bien, ya tenemos quien nos ayude y con el favor de Dios destruiremos esta noche el campo de París.

Y sin descubrir mas de sus combinaciones, ordenó que se movieran ochocientos hombres con todo sigilo por el fondo del bosque de modo que pudieran acercarse á Jonaltepec, por la retaguardia sin ser sentidos. Los Galeana fueron mandando esta fuerza.

—A usted, amigo D. Julian, le dijo á Avila, le voy á dar la comision mas peligrosa y mas importante.

Avila le contestó que no le importaban los peligros.

—Tome usted sesenta hombres escogidos entre los suyos y con ellos se acercará hasta tomar posesion de la artillería del enemigo.

Le agregó algunas palabras en secreto y Avila respirando júbilo contestó:

—Ah! sí! el golpe es entonces seguro.

Ya se sabe en la historia que el enviado que recibió Morelos fué del capitán D. Mariano Tavares, partidario de Iturrigaray y amigo de la independencia, formado así á fuerza de persecuciones y castigos.

—¿Quién vive? preguntaron los centinelas del primer puesto.

—Silencio! contestó Avila.

Esta era la contraseña: salieron Tavares y D. Marcos Landin y dijeron al gefe insurgente:

—Allí está la artillería.

—Adelante! gritó Avila á los suyos.

Y se lanzó al punto que se le habia designado, haciéndose de los cañones sin mucha resistencia.

Los otros ochocientos hombres entraron al campamento como á su casa.

París envuelto entonces en una manta, salió por entre los insurgentes gritando: ¿En dónde está mi general Morelos? Así pudo escaparse. Al otro dia el "Niño" tuvo otros siete magníficos compañeros: un obus y seis culebrinas. Al ser incorporado á ellos todo el ejército insurgente gritó: ¡Viva el "Niño!"

1020001918